

ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON

**INTERNACIONALISMO:
UN BREVIARIO**

Pocas nociones políticas son a la vez tan normativas y tan equívocas como la de internacionalismo. Hoy en día, por todo el discurso oficial de Occidente resuenan apelaciones a una expresión que durante mucho tiempo fue un distintivo de la izquierda. Con independencia del sentido que se le otorgue, el significado del internacionalismo depende, como es lógico, de una concepción anterior de nacionalismo, ya que aquél sólo tiene aceptación como construcción secundaria que hace referencia a su contrario. Sin embargo, mientras que el nacionalismo es, de entre todos los fenómenos políticos modernos, el que más ha visto puesto en tela de juicio su valor –con una variación de los juicios que se hacen de su historial que abarca todo un arco de 180 grados, desde la admiración hasta el anatema–, el internacionalismo no se ve afectado de semejante esquizofrenia de connotaciones: sus implicaciones son casi siempre positivas¹. Pero el precio de esta aprobación es la indeterminación. Si nadie duda de la realidad del nacionalismo, pero pocos están de acuerdo en lo relativo a su valor, en el exordio del nuevo milenio, el estatuto del internacionalismo parecería ser más o menos el contrario. Todas las partes lo reivindicaban como valor, pero ¿quién puede identificarlo como una fuerza sin verse puesto en duda?

Tras esta paradoja descansa una historia inexplorada. Masaryk, un gran líder nacional, propuso una vez la definición más clara y simple de nacionalismo. Nacionalismo significaba, pensaba Masaryk (disociándose de éste), toda perspectiva que trata la nación como el valor político máximo². Esto no significaba necesariamente que sus partidarios pensarán en todas las circunstancias, o en todo contexto, únicamente o por encima de todo en la nación, con la exclusión de otras adscripciones o identidades,

¹ La excepción más vigorosa y original la constituye Tom NAIRN, «Internationalism: a Critique», *Faces of Nationalism*, Londres, 1997, pp. 25-45, que se ocupa de su lugar en la historia del socialismo.

² Fue acusado de nihilismo nacional por los fanáticos checos del periodo de preguerra; después de 1914 cambió de postura.

ya que en toda situación dada el alcance de su influencia siempre sería variable. Así entendida, la fórmula nos proporciona una definición homogénea del internacionalismo, lo bastante mínima y neutral como para dar cabida a lo que más ha venido faltando: una reconstrucción empírica de su historial. Históricamente, el término puede aplicarse a toda perspectiva o práctica que tiende a trascender la nación en dirección hacia una comunidad más amplia, de la que las naciones siguen constituyendo las unidades principales.

La ventaja de una definición pragmática de este tipo estriba en que permite prescindir de una serie de preconcepciones convencionales sobre el nacionalismo y el internacionalismo y sugiere formas más sistemáticas de interrelacionar a ambos. Desde su primera aparición en su forma moderna, hace cerca de dos siglos y medio, cada uno de ellos ha experimentado una serie de metamorfosis. ¿Cuál es el mejor modo de concebir estas transformaciones? Más abajo, propongo una periodización. Los peligros de toda división totalizante del tiempo histórico en una secuencia categórica son de sobra evidentes. De una forma u otra, una periodización implica siempre simplificaciones arbitrarias, en un grado tal que no pocos de nuestros historiadores más excelsos desearían rechazarla por completo como procedimiento. Sin embargo, esto es más fácil de decir que de hacer. En una obra de próxima publicación, Fredric Jameson ha observado con razón que, en tanto que seres narrativos, tenemos pocas opciones: «no podemos dejar de periodizar»³.

El esquema presentado aquí se limita a unos pocos apuntes telegráficos. Su objetivo consiste en exponer las interrelaciones entre el nacionalismo y el internacionalismo como una sucesión de fases inteligibles, cada una de ellas definida por un par de dominantes. El término indica sus propios límites: lo que es «dominante» nunca será exhaustivo respecto a la fase en cuestión, sino que, por el contrario, representará las formas más novedosas y sobresalientes de cada periodo, el cual contendrá siempre una serie de contracorrientes y subtonos, que sólo podemos dejar de lado provisionalmente, en aras de la simplificación. El procedimiento adoptado consistirá en enfrentar las versiones históricas cambiantes de internacionalismo a los tipos ideales sucesivos de nacionalismo con los que se podría decir que aquéllos se corresponden históricamente, tal y como éstos se presentan al rastrearlos en función de cinco coordenadas: 1) el tipo de capital coetáneo de cada variante sucesiva de nacionalismo o activo en ella; 2) la principal zona geográfica del nacionalismo en cuestión; 3) su lenguaje filosófico dominante; 4) la definición operativa de la nación; y 5) la relación de ese nacionalismo en particular con las clases dominadas. La premisa de este programa es que el mejor modo de cartografiar la historia del internacionalismo consiste en hacerlo en contraste con estas coordenadas del nacionalismo. En cada periodo, ha habido más de una variedad

³ Fredric JAMESON, *A Singular Modernity*. Londres, 2002 (de próxima publicación).

de nacionalismo y de internacionalismo; y siempre han existido importantes conflictos entre las distintas variedades, así como entre uno y otro. Pero en esta enmarañada madeja, parece no obstante posible discernir una línea de dominantes.

1

Los orígenes del sentimiento nacional moderno en tanto que fuerza secular se remontan al siglo XVIII. Fue entonces cuando estallaron las dos grandes revoluciones que hicieron nacer la primera concepción ideológica de la nación, tal y como hoy entendemos el término: la rebelión de las colonias norteamericanas contra Gran Bretaña y el derrocamiento del absolutismo en Francia. Las revoluciones americana y francesa, que inventaron efectivamente nuestra idea de nación como colectividad popular, fueron el producto de sociedades que se encontraban entre las más avanzadas de la época: sus ideologías marcaron una drástica ruptura con las visiones del mundo que habían inspirado las anteriores revoluciones europeas, en los Países Bajos en el siglo XVI y en Inglaterra en el siglo XVII, ambos alzamientos profundamente religiosos, llevados a cabo en el nombre de Dios en igual o mayor medida que en el del pueblo. Las revoluciones americana y francesa tuvieron lugar, no obstante, en un mundo todavía anterior a la Revolución Industrial; un mundo en el que el capital seguía siendo básicamente comercial o agrario. Precisamente por este motivo, las elites fueron en ambos casos capaces de movilizar en su apoyo a los productores directos del campo y de la ciudad, es decir, a las masas populares compuestas principalmente por artesanos o agricultores. No existía todavía como realidad social general ese abismo entre fabricantes y trabajadores que las fábricas industriales abrirían más adelante. Una sola categoría podía, en teoría, incluir a todas las clases, ascendentes y subordinadas: el patriotismo. Los militantes en las luchas del futuro Estados Unidos y en Francia se denominaban a sí mismos «patriotas», un término inspirado por las imágenes y leyendas de las repúblicas de la antigüedad clásica: Atenas, Esparta y Roma.

¿Cuál era el lenguaje filosófico de este nuevo patriotismo? Como de todos es bien sabido, se trataba del racionalismo característico de la Ilustración, cuyos portavoces más elocuentes –Rousseau, Condorcet, Paine y Jefferson– contraponían la razón común a la tradición, una voluntad colectiva consciente al peso inerte de las costumbres. De ahí que la definición dominante de la nación en este periodo fuera esencialmente política: es decir, se trataba de un ideal del futuro, y no de un legado del pasado. La nación era algo que los ciudadanos libres iban a crear: no preexistía a su intervención cual realidad eterna, sino que surgiría como un nuevo tipo de comunidad, basada en derechos «naturales», en lugar de en privilegios o restricciones «artificiales», y en la que la libertad debía ser entendida como participación cívica en la vida pública en el pleno sentido del término.

Retrospectivamente, uno de los rasgos más llamativos de este patriotismo de la Ilustración era su universalismo. Por lo general, éste presuponía una armonía esencial entre los intereses de las naciones civilizadas (los pueblos sin civilizar eran otra cuestión), todas potencialmente unidas en una lucha común contra la tiranía y la superstición. Un emblema de este racionalismo optimista lo podemos encontrar en la argumentación del ensayo de Kant *Proyecto de una paz perpetua*: en él se sostenía que la rivalidad entre príncipes era la única causa importante de las guerras y que una vez que las ambiciones reales pasaran a formar parte del pasado, a medida que las constituciones republicanas se fueran extendiendo, los pueblos de Europa no tendrían ningún otro motivo para luchar entre sí. En esta época, pues, los ideales de patriotismo y de cosmopolitismo marchaban a la par; en el plano de los valores, no había contradicción alguna entre ambos. Y, a decir verdad, no sólo en el plano de los valores, sino también, en buena medida, en las vidas y en las acciones. Baste pensar en el papel que desempeñó Lafayette tanto en la Guerra de Independencia norteamericana como en la propia Revolución Francesa; o Paine en Filadelfia y en París, como panfletista portavoz de las Trece Colonias y diputado girondino en la Convención⁴. Más al sur, en el área más influida por los levantamientos norteamericano y francés, los libertadores de las Guerras de Independencia en la América española –Bolívar, Sucre, San Martín– lucharon no sólo por sus propias provincias natales, sino, a lo largo de todo un continente, para emancipar tierras remotas o vecinas, con un espíritu de fraternidad regional.

2

El ciclo hispanoamericano de luchas duró hasta entrada la tercera década del siglo XIX. Para entonces, en la propia Europa, el patriotismo y el cosmopolitismo de sello ilustrado se habían extinguido ya debido a la corrupción de sus ideales en el expansionismo militar de Napoleón. En este continente, la lucha contra el Primer Imperio produjo versiones contrarrevolucionarias de cada una de estas dos aspiraciones: las resistencias nacionales de cuño conservador o clerical a la agresión francesa en España, Alemania y Rusia, y el concierto internacional de las monarquías europeas del periodo de la Restauración. Ambas ofrecen los primeros ejemplos de la serie de subdominantes que jalonan la secuencia de fases a considerar.

Pero el mundo restituido en el Congreso de Viena y vigilado por la Santa Alianza todavía obedecía a viejos principios. Contra los *anciens régimes* que seguían fundándose en la legitimidad dinástica y en la fe religiosa, pronto surgió una nueva configuración, lo que podemos por primera vez

⁴ Sonthonax, que ayudó a Toussaint en Santo Domingo, o Pétion, que dio asilo a Bolívar, forman parte de esta comitiva.

llamar, sin nada más que un toque de anacronismo, «nacionalismo», en tanto que distinto del patriotismo⁵. Éste vio la luz como expresión de la aspiración de las clases acaudaladas que ocupaban regiones menos avanzadas que el epicentro británico original o sus derivados a formar su propio Estado en un mundo cada vez más dominado por la Revolución Industrial. Se trataba de clases empeñadas ante todo en emular –es decir, en ponerse al nivel de– los principales Estados industriales de la época. De ahí que el área de asalto de este nuevo tipo de nacionalismo se constituyera en torno a Bélgica, Alemania, Italia, Polonia y Hungría. Su lenguaje retórico provenía del romanticismo europeo y entre sus principales portavoces se encontraban poetas y novelistas: los Petöfis, Mickiewicz y Manzoni del periodo. Por lo general, éstos introducían un culto al pasado medieval o premoderno de sus propios países, en una operación intelectual que invertía la del patriotismo racionalista que la precedía. Para el nacionalismo romántico, la definición esencial de la nación ya no era política sino cultural y su piedra de toque sería la lengua, en tanto transcripción acumulada de la experiencia de pasadas generaciones.

El profeta de esta vindicación de particularidad cultural había sido Johann Gottfried Herder. Pero si el nacionalismo romántico que floreció en Europa entre las décadas de 1820 y 1860 del siglo XIX invirtió muchos de los símbolos de un tipo anterior de patriotismo, todavía compartía importantes supuestos con él. Al exaltar la cultura alemana, Herder –que provenía del Báltico– no despreciaba la vecina cultura eslava, sino que, por el contrario, la alababa por méritos propios como legado singular. El mundo mental del nacionalismo romántico ya no era cosmopolita, pero a la hora de valorar la diversidad cultural propiamente dicha defendía tácitamente un tipo de universalismo diferenciado. Políticamente, si sus primeros éxitos fueron las revoluciones griega y belga que vinieron a romper la paz de la Restauración, su más grandiosa expresión fue la «primavera de los pueblos» de 1848. La cadena de levantamientos revolucionarios que conmocionó Europa aquel año combinó la efervescencia nacional con el contagio internacional por todo el continente, con barricadas de París a Viena, de Berlín a Roma, de Milán a Budapest. Si en Italia, Alemania y Hungría dominaron las luchas por la unidad o por la independencia nacional, 1848 fue también, desde luego, un año de revoluciones liberales fracasadas y marcó el inicio de luchas revolucionarias por el socialismo, anunciadas por el *Manifiesto comunista*.

La coincidencia no era casual. Las formas de internacionalismo que se correspondían con el nacionalismo romántico encontrarían su sede simbólica en la Primera Internacional Obrera. Si preguntamos ¿cuáles eran las bases sociales de esta Internacional y de la oleada de insurrecciones urba-

⁵ En Francia, Lamartine pudo hablar de «nacionalismo» hacia mediados de la década de 1830 –una década después, se encuentran ecos en Inglaterra–, pero el término no entró en uso en un ámbito más general hasta la segunda mitad del siglo XIX.

nas populares de 1848?, la respuesta está bastante clara. Éstas no hundían sus raíces en ningún proletariado de fábrica, sino en medida abrumadora en un artesanado preindustrial. Se trataba de una clase en posesión de sus propios medios de producción (herramientas y habilidades); entre la que existía un alto grado de alfabetización; que, por lo general, estaba emplazada cerca del centro de las capitales, y que, por último, pero no por ello menos importante, era geográficamente móvil, como queda simbolizado por las giras de los jóvenes aprendices dentro o fuera de sus propios países. En 1848, había cerca de treinta mil artesanos alemanes en París –Heine afirmaba que se podía oír hablar alemán en cada esquina; en Londres, Marx y Engels escribían su *Manifiesto* para los artesanos alemanes que trabajaban en Inglaterra; Berlín tenía su pequeño cupo de artesanos polacos o suizos aquí y allá; Viena, de checos o italianos. Marx estaría flanqueado por un carpintero y por un zapatero en el congreso fundacional de la Primera Internacional. En otras palabras, se trataba de una formación caracterizada por la paradójica combinación de arraigo social (que incluía cierta suficiencia cultural y un sentido de la alta política) y movilidad territorial (que incluía la posibilidad de experimentar directamente lo que era vivir en el extranjero y un sentido de solidaridad entre los pueblos). Tal era la configuración que hizo posible el paso de las luchas nacionales a las internacionales, en las barricadas de 1848-1849. Su figura ejemplar fue Giuseppe Garibaldi, cuyo padre no era más que un pequeño pescador y que empezó su vida trabajando de marinero. Su conversión a los ideales internacionalistas –su primera convicción política– se debe a un grupo de exiliados saint-simonianos deportados de Francia en un barco en el que él estaba prestando servicio rumbo al Mar Negro⁶.

Garibaldi se convirtió, evidentemente, en el gran héroe militar y político de la República romana de 1848, encarnando la cara más generosa del nacionalismo italiano del *Risorgimento*. Pero después de la derrota de la República luchó como soldado, durante toda una década, en defensa de causas progresistas en América Latina, en concreto en Brasil y Uruguay, donde en otro tiempo prestara servicio como capitán de barco, antes de regresar para dirigir la expedición que liberó Sicilia y Calabria del dominio borbón, apuntalando la unificación nacional en Italia. Su carrera, sin embargo, no se detuvo aquí. En la década de 1860, Lincoln lo invitó a asumir un puesto de mando en los ejércitos del norte durante la Guerra Civil estadounidense, una propuesta que él rechazó, sospechando sin equivocarse la postura de Lincoln respecto a la esclavitud. Por otra parte, aceptó, en 1871, el cargo de general en Francia, en defensa de la Tercera República frente a las divisiones alemanas y resultó elegido por tres ciu-

⁶ El mar, elemento *par excellence* de las feroces hostilidades protonacionales en los tiempos de Drake, Van Tromp y Duguay-Trouin, había acogido, para el siglo XIX, a su propia internacional marítima, dentro de un peculiar mundo poblado por marineros y capitanes radicales.

dades francesas como diputado en la Asamblea Nacional; después de la Comuna de París, se adhirió públicamente a la Primera Internacional, para escándalo de Mazzini. En la figura histórica de Garibaldi podemos ver una encarnación de los mejores valores del artesanado europeo de este periodo, en el que los impulsos nacionales e internacionales coexistían sin tensiones.

3

Desde finales de la década de 1860, el nacionalismo romántico fue abandonado por las clases acaudaladas que en otro tiempo lo habían adoptado o –en el caso del Piamonte– manipulado, a medida que los terratenientes y empresarios europeos se disponían a completar los últimos episodios de la revolución burguesa desde arriba, en vez de desde abajo, con la reglamentación militar y el estricto control político que constituyeron el auténtico sello de la unificación de Alemania comandada por Bismarck. De ahí en adelante, la forma dominante de nacionalismo en Occidente cambió de forma abrupta. Ahora, por primera vez, el chovinismo en sentido estricto –que había estado incubándose largamente en la imaginación social⁷– se convirtió en una atmósfera y en un discurso generalizados en los principales Estados industriales: Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, Alemania e Italia. Fue el tiempo de políticos como Chamberlain, Ferry, Bülow, McKinley y Crispi. En estos países, el capital se estaba concentrando más y más en empresas cada vez más grandes, perseguía el control monopolista de los mercados interiores o exigía anexiones coloniales: el escenario que más o menos Hobson y Hilferding habían previsto. El chovinismo que acompañaba y aseguraba este nuevo expansionismo tomaba su vocabulario, por lo general, del darwinismo social. Su lenguaje intelectual era, en esencia, positivista y su definición de la nación cada vez más étnica: es decir, una mezcla de elementos culturales y físicos, de registro notablemente menos ideal que el de sus predecesores. Declarando que lo que regía las relaciones entre los pueblos era la «ley del más fuerte», este tipo de nacionalismo de las grandes potencias –o de los países aspirantes a serlo–, del que no hubo pocos reflejos incluso fuera del centro del sistema, en el porfiriato en México o en el gobierno de Roca en Argentina, predicaba por primera vez la hostilidad directa hacia otras naciones o pueblos. El chovinismo de la *belle époque* constituía un discurso imperialista de superioridad⁸. Sus funciones

⁷ La mítica figura de Nicolas Chauvin, soldado y labrador, jactancioso héroe folclórico de la imaginación popular francesa, salió por primera vez a la luz durante la Restauración: véase Gérard de PUYMÈGES, *Chauvin, le soldat-laboureur: contribution à l'étude des nationalismes*, París, 1993.

⁸ Galvanizando contra él, desde luego, a los movimientos nacionales que forman la subdominante más significativa del periodo entre la Comuna y la Primera Guerra Mundial: la revuelta de Al-Uraby en Egipto, el Comité de la Unión y del Progreso en Turquía, la Revolución Constitucional en Persia, los *boxers* en China y Katipunan en las Filipinas.

eran dobles. Por un lado, servía para movilizar a la población de cada Estado en pos de la intensificación de la competencia interimperialista del periodo y de las empresas de conquista colonial. Por otro lado, servía para integrar a las masas en el marco político del orden capitalista, en un momento en el que el sufragio se estaba empezando a extender a sectores de la clase obrera. El chovinismo reinante funcionó neutralizando los riesgos de semejante extensión del voto, desplazando las tensiones de clase de los antagonismos de clase a los nacionales. No es casual que los artífices de la reforma electoral de este periodo fueran con tanta frecuencia también instigadores de la nueva patriotería: Disraeli en Inglaterra, Bismarck en Alemania, Giolitti en Italia.

Si, por otra parte, nos preguntamos cuál fue la forma dominante de internacionalismo en esta fase, la respuesta no deja lugar a dudas: tenía su sede en la Segunda Internacional de partidos socialistas⁹. Vemos aquí, por primera vez, una forma de internacionalismo directamente opuesta al tipo predominante de nacionalismo, ya no complementaria, como en el pasado, sino antitética a él. Vista desde la distancia, esta Internacional constituía una estructura mucho más impresionante que sus antecesoras: abarcaba a más países, a más miembros, a más trabajadores industriales reales. Pero las apariencias resultaron engañosas. En realidad, la transformación de la base social del nuevo agregado no lo fortalecía en su cualidad de Internacional. Los nuevos proletarios industriales de la época estaban por lo general determinados por una constelación de características cuya simetría era estructuralmente menos propicia para la resistencia a las doctrinas del Estado de lo que lo había sido la del artesanado europeo de mediados del siglo XIX. Los nuevos trabajadores, en su amplia mayoría, se encontraban aparcados en fábricas y minas de las provincias, lejos de las capitales políticas de sus países, ya fuera el norte de Inglaterra o Francia, o la *Ruhrgebiet* [cuena del Ruhr] en Alemania. No poseían ningún medio de producción propio; y carecían de los niveles de cultura y de las tradiciones de combatividad del antiguo artesanado. Su situación fundamental podría definirse como el exacto contrario de la de sus predecesores: una combinación de inmovilidad territorial y de desarraigo social. Esto se tradujo en una influencia del imperialismo –con sus proyecciones de una comunidad imaginaria formada por la nación como gran potencia– sobre amplias capas de esta clase mucho más profunda y eficaz de lo que Marx o cualquier socialista de la generación anterior hubiera imaginado. La consecuencia de este funesto ascendente se concretó en la mezcla de pasividad y entusiasmo populares con los que se recibió el estallido de la

⁹ Hasta cierto punto, el anarquismo ofrecía un tipo más radical de internacionalismo dentro del movimiento obrero de este periodo, tal y como atestigua el ejemplo de los IWW [Industrial Workers of the World] en Estados Unidos, pero se mantuvo sociológicamente más débil. Al otro lado de las barricadas, la Iglesia Católica bajo Pío IX congregó a los fieles para que resistieran al nacionalismo secular, así como al socialismo, en una movilización clerical que con el tiempo desembocaría en la Democracia Cristiana. En esta fase, no obstante, desempeñaba todavía, como fuerza, un papel accesorio.

Primera Guerra Mundial en 1914. Cuando comenzaron las hostilidades, los partidos socialistas de Europa occidental –a excepción del italiano–, traicionando sus más solemnes promesas, se lanzaron a la matanza mutua de sus respectivos pueblos. Las raíces históricas de esta desbandada hacia el matadero no se hallan en las meras decisiones –ignominiosas como fueron– de los líderes de estos partidos, sino en la estructura social de los jóvenes proletariados de la época.

4

Si el estallido del conflicto interimperialista enterró las pretensiones de la Segunda Internacional, el fin de la guerra redefinió una vez más las formas ascendentes tanto de nacionalismo como de internacionalismo. En medio de depresiones y crisis económicas sin precedentes, el capital se precipitó hacia formas todavía más avanzadas de concentración; ahora, sin embargo, ya no en un contexto de libre comercio internacional y de expansión de larga duración, sino, por el contrario, de recesión, protección y autarquía. En esta coyuntura, la zona geográfica que produjo el tipo dominante de nacionalismo se situaba en el interior de las potencias que habían salido derrotadas o defraudadas de la Primera Guerra Mundial, es decir, Alemania, Italia, Austrohungría y Japón. Aquí, la fuerza emergente era el fascismo. Tomando su lenguaje no del positivismo, sino de formas de irracionalismo moderno –Sorel o Gentile en Italia, Nietzsche en Alemania, las doctrinas del *kokutai* en Japón–, el fascismo llegó con el tiempo a definir la nación como una comunidad biológica: la raza propiamente dicha. Con ello, la reducción del contenido ideal de la nación alcanzó brutalmente su culminación. En este sentido, el fascismo constituyó un chovinismo imperialista elevado a una potencia mayor, que desencadenó un fanatismo reaccionario sin precedentes. Nuevamente, su función era doble. En primer lugar, servía para movilizar a las clases subordinadas contra los vencedores capitalistas de la Primera Guerra Mundial, en pos de una segunda ronda de competencia interimperialista, en la que los que antes habían salido derrotados o frustrados resultarían esta vez victoriosos. En este sentido, sus *leitmotivs* ideológicos eran el resarcimiento y la venganza. Al mismo tiempo, funcionaba de mecanismo sobresaturado de contención de las masas en países en los que la democracia parlamentaria había caído en una crisis irreversible y amplios sectores de la clase obrera avanzaban hacia un socialismo revolucionario. Ambas funciones estaban íntimamente interrelacionadas, ya que fue la derrota o la decepción en la Primera Guerra Mundial la que socavó la estabilidad de la democracia capitalista, haciendo necesario el recurso a la coacción contrarrevolucionaria, y la que impulsó, a un mismo tiempo, la necesidad de unos preparativos redoblados para una segunda parte de la guerra en el continente. El proyecto estuvo a punto de tener éxito. Hacia finales de 1941, toda Europa, desde el Canal de la Mancha hasta el Báltico, estaba integrada en el orden fascista, mientras que, en el Lejano Oriente, Japón dominaba un territorio todavía más vasto. Tampoco se

limitaba la atracción del fascismo a estas regiones: en América Latina, las tres experiencias políticas más importantes de la época –el *Estado Novo* en Brasil, el surgimiento del peronismo en Argentina, los orígenes del MNR en Bolivia– se vieron atraídas hacia su campo magnético¹⁰.

Entretanto, si el chovinismo alimentado por el capital se había radicalizado en el fascismo, también el internacionalismo obrero se había radicalizado en la dirección contraria. Existía un país en el que el hundimiento moral del movimiento obrero europeo se había evitado. En 1917, trabajadores y soldados comandados por el Partido Bolchevique habían llevado a cabo una revolución socialista en Rusia. El régimen que surgió de este levantamiento constituyó el primer y único Estado de la historia en no incluir ninguna referencia nacional o territorial en su nombre; sería simplemente la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, sin que se indicase ningún lugar ni pueblo. Es decir, la intención de sus fundadores era incondicionalmente internacionalista. Poco después, los líderes bolcheviques crearon la Tercera Internacional para coordinar la acción de los nuevos partidos comunistas que habían nacido en todo el mundo, impulsados por el ejemplo de la revolución rusa¹¹. El contraste con la Segunda Internacional sería radical. En Europa, los partidos de la Komintern demostraron una disciplina de hierro en su rechazo de toda forma de nacionalismo local y en su capacidad de resistir a las presiones de las clases dominantes en sus propios Estados, nacida de las terribles lecciones que la Primera Guerra Mundial había dado a una generación de militantes obreros.

En la propia URSS, sin embargo, la victoria de Stalin dentro del PSUC, basada en la promesa de que sería posible construir el «socialismo en un solo país», cristalizó en una nueva forma de nacionalismo, específica de la autocracia que la Unión Soviética estaba construyendo a marchas forzadas. Enseguida, las actividades de la Tercera Internacional se vieron completamente subordinadas a los intereses del Estado soviético, según la interpretación que Stalin hacía de ellos. El resultado fue el llamativo fenómeno, sin equivalente antes o después, de un internacionalismo igual de intenso que deformado, que rechazaba cualquier lealtad a su propio país y, a la vez, hacía gala de una lealtad sin límites hacia otro Estado. Su epopeya la representarían las Brigadas Internacionales de la Guerra Civil española, reclutadas por toda Europa y las Américas, bajo el ojo vigilante de los emisarios de la Komintern: Codovilla, Togliatti, Gerö, Vidali y otros. Con su mezcla de heroísmo y de cinismo, solidaridad desinteresada y terror sanguinario, el internacionalismo de esta fase alcanzó un grado de perfección y de perversión nunca antes conocido.

¹⁰ Los ejemplos asiáticos de su atractivo incluyen la Falange Libanesa, el Cuadrado Dorado (Golden Square) en Irak, las RSS en la India y los Camisas Azules en China; en África, encontramos la Broederbond; en Estados Unidos, al otro extremo del espectro, el garveyismo.

¹¹ Enfrentada al internacionalismo de Lenin estaba, desde luego, la versión ofrecida por Wilson; efímera en su desafío a éste, en medio de las revanchistas cláusulas de reparación en Versalles y del fiasco de la Sociedad de Naciones.

La prueba de fuego de la Tercera Internacional llegaría poco después, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. En aquel momento, los partidos comunistas de Francia, Gran Bretaña, Bélgica, los Países Bajos y Noruega –todos los países que sufrieron el ataque de la Alemania nazi– se negaron a apoyar a sus propios gobiernos, sosteniendo que el conflicto volvía a no ser más que una contienda interimperialista y, por consiguiente, de ningún interés para las masas. Pocas posturas podían haber sido más impopulares y haber estado más equivocadas políticamente, puesto que a la clase obrera le interesaba en grado sumo defender la democracia representativa frente al fascismo. No obstante, la actitud de estos partidos demostraba también la distancia entre la Tercera y la Segunda Internacional. Dos años más tarde, Hitler invadió la URSS. Acto seguido, los partidos comunistas de Europa se lanzaron al combate contra el nazismo, desempeñando pronto un destacado papel en la Resistencia, a la cabeza de los movimientos de masas que luchaban contra la ocupación alemana, tal y como sus homólogos en China y Corea estaban ya haciendo contra la expansión japonesa. En la nueva situación, ya no había ninguna contradicción entre lo que éstos veían como su deber internacional de ayudar a la madre patria del socialismo y su deber nacional de tomar las armas contra la Wehrmacht: ambos formaban una misma tarea, que estos partidos llevaban a cabo en general con brillantes resultados. En el momento más crítico de tales batallas, Stalin declaró de repente la disolución de la Tercera Internacional, oficialmente amparándose en que se había convertido en un anacronismo, pero, en realidad, con el objeto de favorecer a sus aliados, Gran Bretaña y Estados Unidos. Con este gesto, se cerró un largo ciclo histórico. La derrota del fascismo y el fin de la Segunda Guerra Mundial pondrían en marcha transformaciones radicales tanto del nacionalismo como del internacionalismo, en adelante no restringidos a Europa, sino extendidos a todas las partes del mundo.

5

Hasta aquí, el análisis se ha centrado forzosamente en las áreas geográficas de Europa y de Norteamérica, no en virtud de ningún atributo especial de estos territorios, sino a causa del papel determinante del capitalismo occidental en la historia del mundo durante ese largo lapso de tiempo que se extiende desde las revoluciones americana y francesa hasta la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. Después de 1945, esta situación cambia radicalmente. Ahora, por fin, el grueso de la humanidad entra en escena como una fuerza central. Y, al hacerlo, en la nueva fase que se inaugura en 1945 y se prolonga hasta, digamos, 1965, se produce un intercambio de posiciones repentino, espectacular, en las respectivas relaciones de capital y trabajo con nacionalismo e internacionalismo. Retrospectivamente, podemos ver que éste fue uno de los grandes hitos del siglo xx. Hasta aquel momento, las formas dominantes de nacionalismo –desde las ambiciones más nobles del patriotismo de la Ilustración

hasta las crueldades más criminales del fascismo– fueron siempre expresión de las clases acaudaladas, mientras que, desde el siglo XIX en adelante, las formas correspondientes de internacionalismo –cualesquiera que fueran sus vicios o límites– fueron expresión de las clases trabajadoras. Después de 1945, esta doble conexión –capital/lo nacional, trabajo/lo internacional– da una vuelta de campana. El nacionalismo se vuelve una causa predominantemente popular, de las masas explotadas e indigentes, en una revuelta intercontinental contra el colonialismo y el imperialismo occidentales. El internacionalismo, en el mismo lance, empieza a cambiar de bando, adoptando nuevas formas en las filas del capital. Ésta constituiría una transformación preñada de consecuencias.

El nuevo tipo de nacionalismo que se hizo dominante a escala mundial después de 1945 fue el antiimperialismo, y sus principales áreas geográficas fueron Asia, África y América Latina. ¿Cuáles eran sus rasgos estructurales? Socialmente, tenía un carácter mucho más heterogéneo que las sucesivas formas de nacionalismo vigente en Europa. Los movimientos de liberación nacional que ahora arrasaban el Tercer Mundo estaban dirigidos por una amplia gama de clases sociales. Hubo casos en los que la burguesía local dominó todo el proceso: India constituyó al respecto el más importante. En otros, las clases medias, sin demasiada acumulación previa de capital, tomaron la iniciativa, utilizando el movimiento para ascender socialmente y convertirse en una verdadera burguesía después de hacerse con el poder, como había sucedido antes en México o Turquía. Una variante más precaria y volátil de esta pauta se dio en un buen número de países africanos, donde los movimientos nacionalistas estaban encabezados por burócratas u oficiales del propio Estado colonial. En otros casos, incluso, intelectuales con un origen de clase media-baja alcanzaron la cima del poder, como en Indonesia. Si existió algún único grupo al que se le pueda seguir la pista en todos y cada uno de los variopintos cuadros de este gran arco de levantamientos, es posible que fueran los maestros de escuela rurales. Por último, pero no por ello menos importante, hubo también casos en los que los partidos comunistas se apoderaron de la dirección del movimiento por la liberación nacional, impulsándolo hacia revoluciones abiertas contra el capital, como en China o Vietnam. En Cuba se produjo una mezcla de esta última pauta y de la variante anterior.

¿Cuál fue el lenguaje intelectual del antiimperialismo de posguerra? El sincretismo. Al igual que no hubo uniformidad social en la dirección de los diferentes movimientos de liberación nacional, del mismo modo, sus expresiones ideológicas resultaron híbridas y multicolores, mostrándose a fin de cuentas capaces de utilizar las corrientes de pensamiento racionalista y las de pensamiento romántico, las positivistas y las irracionistas, todo a un mismo tiempo. El kemalismo en Turquía, el sukarnismo en Indonesia, la ideología compuesta legada sucesivamente por Obregón, Calles y Cárdenas en México fueron ejemplares a este respecto. Las combinaciones o recapitulaciones de doctrinas anteriores abundaron. La característica más específica de este antiimperialismo, no obstante, estri-

bó en su capacidad de hacer uso no sólo de ideologemas de diverso origen dentro de los parámetros del pensamiento burgués clásico, sino también de los sistemas de creencias ya fueran anteriores a la Ilustración como posteriores al capitalismo, es decir, la religión, por un lado, y el socialismo, por el otro. Entre los ejemplos tardíos de lo primero encontramos la revolución iraní; de lo segundo, el sandinismo en Nicaragua. ¿Cuál era la base popular de este antiimperialismo? Numéricamente, su componente más importante venía formada por los campesinos. Esto era cierto sobre todo en el caso de las revoluciones comunistas del periodo, esto es, de China, Vietnam y Yugoslavia, en la propia periferia europea. En todos estos casos, se trató de levantamientos cualitativamente distintos de la Revolución de Octubre que rememoraban. Todos triunfaron bajo la bandera de la nación, mientras que la revolución rusa en el momento de su victoria había estado exenta de toda connotación nacionalista.

¿Qué estaba sucediendo mientras tanto del lado del capital? De esta parte, la nueva situación creada después de 1945 podría definirse en términos generales como sigue. En primer lugar, con el fin de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos pasó a ocupar una posición dentro del mundo capitalista que ningún Estado había disfrutado anteriormente. Alemania, Japón e Italia estaban derrotados y destruidos; Gran Bretaña y Francia, empobrecidas y debilitadas. Estados Unidos dominaba el universo del capital de un modo mucho más decisivo de como Gran Bretaña lo había hecho en el siglo XIX. En segundo lugar, ya no había sólo un Estado –Rusia– en el que se hubiera derrocado el capitalismo. Del torbellino de la guerra había surgido una vasta franja de países en los que se había abolido la propiedad privada de los medios de producción, que abarcaba a media Europa y a un tercio de Asia. Un bloque comunista a escala mundial parecía ahora amenazar la existencia del capitalismo. En estas condiciones, el capital descubrió de repente un internacionalismo propio. Los conflictos nacionales entre Estados capitalistas –que habían ocasionado dos guerras mundiales– se apagaron. La existencia de una única potencia hegemónica hizo posible una coordinación internacional de sus intereses; la existencia de un bloque comunista lo hacía necesario¹².

El resultado se concretó en un proceso de unificación comercial, ideológica y estratégica que empezó con los acuerdos monetarios de Bretton Woods, continuó con los planes Marshall y Dodge para la reconstrucción de Europa y Japón, derivó en la creación de la OTAN y el establecimien-

¹² Las formas de internacionalismo comunista que persistieron después de la disolución de la Tercera Internacional, con vínculos más estrechos pero más quebradizos de lo que lo era la unidad occidental, contribuyeron a cimentarlo. La obediencia al centro internacional en Moscú siguió siendo la norma mientras vivió Stalin; bajo Kruschchev, que no podía contar ya con semejantes reflejos, se hicieron tibios intentos de reconstituir los congresos formales de partidos fraternales, pero se abandonaron tan pronto como él cayó. En el Tercer Mundo, la Conferencia de Bandung condujo a la creación de un Movimiento de Países No Alineados que acabó teniendo más proyección que sustancia.

to del GATT y culminó en el nacimiento de la Comunidad Económica Europea, con el estímulo estadounidense. La trayectoria de esta creciente integración internacional pasó de la restauración generalizada del libre comercio a la rotunda superación de la soberanía nacional en el Mercado Común Europeo, lo cual supuso una inversión espectacular de las tendencias preponderantes en el periodo de entreguerras que carecía de precedentes en la historia del capitalismo. Su tuviéramos que optar por una expresión, podríamos describirlo provisionalmente como un supranacionalismo, en el doble sentido de la posición de Estados Unidos por encima de todas las demás naciones y del surgimiento de la Comunidad Europea por encima de los Estados de Europa occidental.

Una consecuencia clave de este cambio fue el desplazamiento, dentro de la ideología reinante en los Estados capitalistas avanzados, del Estado-nación a la democracia liberal en tanto que recurso dominante para la integración de las clases trabajadoras occidentales. La ideología oficial de Occidente durante el periodo de la Guerra Fría dejó de reservar el lugar de honor a la defensa de la nación –valor supremo hasta y a lo largo de la Segunda Guerra Mundial en todos los bandos–, para asignárselo, por el contrario, a la exaltación del Mundo Libre. Este cambio coincidió con la generalización y la consolidación efectiva, por primera vez, de una democracia representativa basada en el sufragio universal como tipo modal de Estado capitalista en los países avanzados, un fenómeno que se remontaba en lo fundamental a la década de 1950.

6

Desde mediados de la década de 1960 en adelante, esta configuración experimentó una considerable modificación, a medida que una serie de cambios estructurales modificaron las relaciones entre Estados y mercados en todo el mundo capitalista avanzado. Una vez concluida la reconstrucción de posguerra, las economías alemana, francesa, italiana y, sobre todo, la japonesa crecieron a un ritmo mucho mayor que la estadounidense, de tal suerte que hacia mediados de la década de 1970 el sistema de Bretton Woods había pasado a mejor vida. Al mismo tiempo, el peso de las corporaciones multinacionales, por lo general con sede en un Estado, pero que extendían sus operaciones atravesando las fronteras de muchos, se había hecho mucho más poderoso e invasivo, haciendo cada vez más precarias las anteriores formas de control por parte de las autoridades nacionales sobre los procesos de acumulación. Posteriormente y, sin embargo, con un carácter más decisivo si cabe, los mercados financieros se entrelazaron en vastos circuitos de inversión y especulación intercontinental, fuera del alcance de cualquier mecanismo tradicional de regulación nacional. De este modo, la recuperación del vigor de los capitalismo alemán y japonés no marcó ninguna vuelta a los profundos conflictos interimperialistas del periodo de entreguerras. Lejos de una recaída en el mundo de las barreras arancelarias y de la carrera armamentística,

los principales Estados capitalistas se encaminaron a mayores niveles de coordinación de sus políticas, que fueron superiores a los vigentes durante del periodo de posguerra. La Comunidad Europea dio pasos hacia adelante en la construcción de un mercado y finalmente de una moneda únicos, dotándose incluso de un débil Parlamento. Estados Unidos, Japón y otras potencias multiplicaron las reuniones y los acuerdos al objeto de favorecer la gestión conjunta de los altibajos de la economía capitalista mundial. Hacia finales de la década de 1970, sonó la hora del G7. Se había llegado a algo parecido a la idea kautskiana del «ultraimperialismo»¹³. Otra opción sería llamar transnacionalismo a este tipo de internacionalismo, característico del capital en las últimas décadas del siglo xx, con el fin de indicar su diferencia con respecto al modelo precedente. Transnacional en el doble sentido: en primer lugar, de los lazos institucionales que ligaban ahora a las tres principales zonas del capital, desde el Atlántico al Pacífico, en un mismo pacto; y, en segundo lugar, en el ascenso de nuevas formas de empresa intercontinental y de especulación financiera, que se sustraían a las fronteras estatales clásicas. Ideológicamente, el discurso oficial del periodo no abandonó, sino que reforzó la primacía de los valores democráticos sobre los nacionales, haciendo, de hecho, más verosímiles estos valores con la democratización teledirigida de las dictaduras mediterráneas existentes en España, Portugal y Grecia, cuyos regímenes desmentían flagrantemente la retórica del Mundo Libre en la fase anterior.

Entretanto, fuera de la propia zona capitalista avanzada, el antiimperialismo había perdido impulso, dejando de constituir la forma dominante de nacionalismo durante la década de 1970. Sin embargo, aunque todavía se libraban grandes batallas, la victoria de la revolución vietnamita, largo tiempo pospuesta, y la disolución del imperio portugués aparecieron, cuando llegaron, como epílogos de un tiempo anterior. En la mayor parte de África y Asia, la descolonización era un hecho consumado; en América Latina, los intentos cubanos de romper su aislamiento habían fracasado. Las luchas por la liberación nacional continuaron en Sudáfrica, Palestina y América Central, pero ya no tenían la misma importancia global. Otro nacionalismo completamente distinto ocupaba ahora el primer plano de la escena. El enorme bloque comunista que surgió después de la guerra de la lucha contra el fascismo en Eurasia estaba formado por componentes históricos completamente distintos. En la mayor parte de Europa del Este -Polonia, Hungría, Rumania, Checoslovaquia, Alemania del Este- Stalin impuso desde arriba regímenes comunistas mediante la presión militar, creando un anillo de Estados satélites que respondían a los intereses y a las instrucciones de la URSS. Por otra parte, en Yugoslavia, Albania,

¹³ Para la concepción original de Kautsky, véase el texto de «Ultraimperialismo», *NLR* 1/59, enero-febrero 1970, pp. 41-46. Su correspondencia con las realidades de la coordinación intercapitalista de la década de 1970 es advertida por el principal teórico liberal del nuevo régimen; véase Robert KEOHANE, *After Hegemony*. Princeton, 1984, p. 43.

China y Vietnam, las revoluciones nativas resultaron victoriosas, creando Estados comunistas plenamente independientes. No obstante, todos estaban dirigidos por partidos profundamente formados –en doctrina y disciplina– por la Tercera Internacional estalinizada.

La ideología fundadora del estalinismo –la doctrina del «socialismo en un solo país»– había alimentado una lealtad incondicional a la Unión Soviética cuando estos partidos todavía luchaban por el poder como organizaciones perseguidas y prohibidas. Sin embargo, una vez en el poder, la misma doctrina –lógica e irónicamente– produjo su exacto contrario: un marcado conflicto con la Unión Soviética a medida que cada partido no ruso adquiría su propio Estado. En efecto, el sagrado egoísmo nacional practicado por Stalin pasó ahora a generalizarse, siendo naturalmente provocado a menudo por la arrogancia de Stalin y de sus sucesores. El resultado fue una desintegración cada vez más acelerada del internacionalismo del movimiento comunista clásico a medida que se multiplicaban los Estados comunistas. En primer lugar, Yugoslavia entró en conflicto con la Unión Soviética; luego fue Albania con Yugoslavia ya a finales de la década de 1940. A continuación estalló el conflicto entre Rusia y China a principios de la década de 1960, que alcanzó una intensidad que dio lugar a choques armados en la frontera entre las dos potencias, destruyendo permanentemente toda posibilidad de unidad en el mundo comunista. Más tarde, en un nuevo giro de la espiral, estallaron guerras abiertas entre sucesivos Estados comunistas: de los cuales dan prueba los enfrentamientos entre Vietnam y Camboya y entre China y Vietnam. En la segunda mitad de la década de 1970, resultaba evidente que la fisiparidad fratricida del comunismo había pasado a convertirse en la forma dominante del nacionalismo¹⁴.

¿Cuáles son las raíces históricas de esta clamorosa involución de las tradiciones leninistas, que contrasta brutalmente con la evolución contemporánea de los Estados capitalistas? Dos fuerzas interconectadas fueron fundamentales. En primer lugar (y esto es de una burda evidencia), dentro de la estructura replicante del «socialismo en un solo país», las fuerzas productivas a disposición de los Estados comunistas –que comenzaron a un nivel mucho más bajo que en Occidente– nunca estuvieron en condiciones de ponerse a la altura de las economías capitalistas avanzadas, que disfrutaban de conexiones cruzadas comerciales e industriales de las que el bloque del Este carecía por completo. Tecnológica y organizativamente, en éste las fuerzas productivas nunca superaron las fronteras nacionales, lo que condujo a que la productividad media del trabajo en la URSS, por ejemplo, supusiera aproximadamente dos quintos de las cifras de Alemania Federal o de Francia. Dicho de otra manera, la persistencia del

¹⁴ Cuba fue una notable excepción, cuya ayuda a los movimientos revolucionarios y de liberación nacional, de Nicaragua a Angola, ofrece la contracorriente internacionalista más impresionante del periodo.

nacionalismo burocrático en el mundo comunista hundía materialmente sus raíces en las fuerzas productivas que objetivamente estaban menos internacionalizadas que las del mundo capitalista. A su vez, este nacionalismo bloqueó toda posibilidad de colmar ese retraso. El penoso marchitamiento del Comecon, en comparación con el florecimiento del Mercado Común en Europa, fue un resultado directo.

¿Qué sucedía, en segundo lugar, en las superestructuras políticas e ideológicas erigidas sobre bases económicas tan estrechas? En los países capitalistas avanzados, el declive del nacionalismo se correspondió con el ascenso de la democracia liberal en tanto que legitimación superior del orden social y mecanismo conducente a la integración de la población en su seno. Sin embargo, en los países comunistas no había ninguna democracia: la vida política fue expropiada completamente por las burocracias dominantes. En esta situación, los regímenes en vigor recurrieron cada vez más al nacionalismo como sustituto para integrar a las masas en el marco político de su dominio. Como bien comprendiera Marx, la nación siempre puede funcionar como una comunidad imaginaria que compensa la falta de libertad o igualdad reales de sus miembros. A este respecto, la fisiparidad del mundo comunista en estos años fue también un producto directo de la supresión de la soberanía popular en los Estados en cuestión. La ausencia de toda libre asociación de los productores condujo con una lógica fatal al nacionalismo envenenado de los conflictos inter-comunistas.

Durante un periodo, fue éste un sustituto que funcionó más o menos en Rusia, China, Yugoslavia, Albania o Vietnam, donde los partidos dominantes habían hecho en el pasado revoluciones autóctonas y derrotado a los invasores, dando a los Estados que crearon una pretensión de validez nacional. Por otra parte, en la mayoría de los países de Europa del Este, los regímenes comunistas carecían de una legitimidad semejante. Aunque también intentaron jugar la carta nacional –Rumania es el ejemplo más notorio– carecían de toda credibilidad para ello. Impuestos bajo la amenaza militar del Ejército Rojo en 1945, a partir de entonces sólo se mantuvieron en pie gracias a repetidas intervenciones militares de la URSS: en Alemania del Este en 1953, en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968. A la falta de toda democracia popular se sobreañadía aquí una minuciosa humillación del sentimiento nacional, y ello en la zona comunista más próxima al dinamismo de las economías capitalistas y por ende más capaces de medir la distancia entre ambas. En Europa del Este, el terremoto de 1989 llevaba gestándose mucho tiempo. Sus réplicas desestabilizaron entonces los dos Estados contiguos, históricamente más legitimados, pero ambos federaciones multinacionales: la Unión Soviética y Yugoslavia. Cada uno de ellos se vio arrastrado a una dinámica irresistible de desintegración, con el despertar de sucesivos separatismos en medio de una crisis económica y política cada vez más grave. Hoy, a comienzos de un nuevo siglo, ¿cuál es la forma más destacada del nacionalismo en el mundo? Con toda probabilidad, podría parecer, el tipo de conflicto cuyo modelo han

determinado las secesiones poscomunistas, pero que se extiende por todo el mundo poscolonial: de los Balcanes al Cáucaso, del Cuerno de África a los Grandes Lagos, de Cachemira a Mindanao.

7

Si esto es así, ¿cuál es hoy la forma dominante de internacionalismo? En la más reciente de sus metamorfosis hasta la fecha, estamos, con la desaparición del bloque soviético, por primera vez en presencia de una verdadera potencia hegemónica global, a medida que Estados Unidos alcanza un pináculo de poder más allá de los sueños de cualquier otro Estado en la historia. El internacionalismo, convencionalmente hablando, tuvo tradicionalmente como contrario alguna versión –como quiera que se concibiera– del nacionalismo. Sin embargo, en Estados Unidos, desde principios de este siglo la expresión «internacionalismo» adquirió un antónimo elocuentemente diferente: aquí su contrario era el aislacionismo. La antítesis de los dos términos –internacionalismo/aislacionismo– deja ver su presupuesto común: nunca estuvo en juego la primacía del interés nacional, que formaba el terreno común de ambas, sino sencillamente la mejor forma de realizarlo. El origen histórico del pareado descansa en la peculiar combinación creada por la ideología estadounidense de una república simultáneamente excepcional y universal: única por la buena fortuna de sus instituciones y creaciones; ejemplar por su poder de irradiación y atracción¹⁵. Se trata de un mesianismo que es como un Jano bifronte, que tiene en cuenta bien un culto ferviente de la patria, bien una redención misionera del mundo o, con un estilo más realista, dosis diplomáticas de los dos. El internacionalismo siempre ha ocupado un lugar de honor en el vocabulario dualista de esta tradición. En la práctica, por lo general funciona como poco más que una palabra en clave autosatisfecha para futuras políticas que habría de aplicar en general el Estado estadounidense. Al igual que el aislacionismo nunca supuso la más mínima derogación de la Doctrina Monroe, de la Declaración Olney o de la Enmienda Platt –es decir, el mando soberano estadounidense sobre el hemisferio occidental–, del mismo modo, desde el primer momento, el internacionalismo en esta acepción estadounidense tan sólo significó la buena disposición y la voluntad de extender el poder estadounidense a Eurasia: las intervenciones de Wilson, que comenzaron en México y terminaron en Rusia, determinaron su lógica desde el principio.

¹⁵ La noción de Estados Unidos como algo distinto de un Estado-nación tiene ahora sus versiones de izquierda, donde la matriz jurídica de la constitución estadounidense y el mosaico étnico de la inmigración se conciben como sinopsis de una catalaxia global emergente. Para una crítica en profundidad de esta concepción idealizante, véase Gopal BALAKRISHNAN, «Virgilian Visions», *NLR* 5 (septiembre-octubre de 2000), pp. 142-148, quien en una línea más maquiaveliana hace pensar en un sistema predispuesto a la expansión ilimitada, combinando una fuerza anticuada con la neutralización o la negación económica, cultural y demográfica de todos los demás centros de poder.

Durante la mejor parte de un siglo, esta acepción del internacionalismo siguió siendo una locución doméstica idiosincrásica, de escaso interés más allá de las fronteras estadounidenses, donde cabía encontrar expresiones más fuertes para lo que esta práctica representaba. Sin embargo, hoy, en ausencia de toda alternativa de poder compensatorio, la hegemonía estadounidense ha podido por primera vez imponer su autodescripción como la norma global. Con la ONU como hoja de parra, un régimen sumiso financiado en Rusia, tropas en Alemania y Japón, un protectorado *off-shore* en China, bases en una vertiginosa colección de Estados satélites¹⁶, así como una potencia de fuego varias veces mayor que la combinación de la de sus potenciales rivales, la voluntad de Estados Unidos ha sido rebautizada con un eufemismo digno de la conocida *coprosperity sphere*. Hoy su sinónimo es sencillamente –nada menos– que el de la «comunidad internacional» misma, sin referencia a la cual hoy ningún discurso empalagoso del secretario general de la ONU, comunicado arrogante de la OTAN, sentencioso editorial de *New York Times*, *Le Monde* o *The Guardian*, por no hablar de todo tranquilizador noticioso nocturno, se considera completo. En esta acepción, el internacionalismo ya no es la coordinación de las principales potencias capitalistas bajo el dominio estadounidense contra un enemigo común, la tarea negativa de la Guerra Fría, sino un ideal afirmativo: la reconstrucción del globo a imagen y semejanza de Estados Unidos, *sans phrases*. La andrajosa por más que victoriosa bandera del Mundo Libre ha sido arriada. En su lugar se ha izado la bandera de los derechos humanos, es decir, ante todo, el derecho de la comunidad internacional a bloquear, bombardear e invadir a pueblos y Estados que le desagradan –Cuba, Yugoslavia, Afganistán, Iraq– y a alimentar, financiar y armar a Estados que le resultan atrayentes: Turquía, Israel, Indonesia, Arabia Saudí, Pakistán. En cuanto a los chechenos, los palestinos, los tutsi, los saharauis, los nuer y estirpes aun menores, en su mayoría sin Estado, la caridad –como el consejero de Seguridad Nacional de Clinton tuvo ocasión de observar– no puede, después de todo, ser ubicua.

Las resistencias a la nueva administración de justicia continúan apareciendo, en su mayor parte, como briznas al viento. Nacionalmente, los aliados europeos a ratos murmullan ante el excesivo «unilateralismo» estadounidense, mostrando básicamente los desconcertantes fracasos que siguen a las formalidades de las negociaciones diplomáticas que tradicionalmente han servido de tapadera de su subordinación; de vez en cuando Rusia y China negocian tímidamente sus favores en el Consejo de Seguridad. Internacionalmente, el fundamentalismo islámico y el posintegrismo católico se reúnen como receptáculos para formas de vida alternativa, en teoría menos cautivas del mundo del consumo. Los movimientos reunidos en Porto Alegre parpadean como una diáspora emergente de

¹⁶ «En un día cualquiera antes del 11 de septiembre, de acuerdo con el Departamento de Defensa, más de 60.000 efectivos de personal militar estaban realizando operaciones temporales y maniobras en unos 100 países», *Los Angeles Times*, 6 de enero de 2002.

ARTÍCULOS

oposición social, cuyos perfiles aún deben ser trazados. Entretanto, nos refugiamos bajo los cielos de la justicia infinita y de la libertad duradera. Sin embargo, por más que quepa lamentar los días, no tan lejanos, en los que la civilización del capital seguía su camino con menos mojigatería, nada nos lleva a suponer que éste es el final del camino de lo que cabría entender por internacionalismo. Su historia abunda en ironías, zigzagueos y sorpresas. Es poco probable que hayamos asistido a las últimas.